de corazón que necesites vivir del trabajo ajeno? Estímate mucho, y, por esta causa, no seas un simple glotón. Cuando hayas disparado tu escopeta y cobrado tu cena, deja á los mercenarios registrar toda la llanura; que vengan cargados y se deguellen al regreso. ¿Qué necesidad tienes de rellenar tu mochila y de entorpecer tu marcha? ¿Por qué has de reunir más de lo que puedes comer? ¿Te conviene acaparar, sin provecho tuyo, caza de la que privas á un pobre diablo? ¿Quién te obliga á sudar en la campiña todo el día, si á las diez de la mañana tienes ya lo necesario? Observa á tu alrededor, esta es una ocupación menos animal: la contemplación. La extensa llanura humea y brilla bajo el sol espléndido que la templa; las líneas dentadas de los bosques descansan con delicioso bienestar en el azul luminoso que las limita; los pinos aromáticos se elevan como incensarios sobre la alfombra de los brezos rojizos. Has invertido una hora y, durante ella, cosa extraña, no has sido un bruto. Mi enhorabuena por eso: tú puedes casi vanagloriarte de haber vivido.

CAPITULO XXI

LA CONVERSACIÓN

El jueves último, en el círculo B..., nos dijo á tres ó cuatro íntimos: «Voy á casarme; una joven, bonita, honrada, de buena educación, familia excelente y tendremos cuarenta mil libras de renta al unirnos.»

Le felicitamos.

Sale y encuentra á un antiguo compañero, Máximo A., que iba muy deprisa, y que, al pasar junto á él en un coche, le grita: «Buenos días, querido, buenos días; me caso, ¿no lo sabes? Cuatro millones, querido, cuatro millones.»

Vuelve adonde estamos y nos dice con tristeza: «Mi posición no es tan buena como la de Máximo. ¡Pardiez! ¡Me he precipitado mucho!»

N... acaba de regalar el más lindo collar de perlas á la señorita Leontina, de la Opera, y le felicitamos por haber adornado tan perfectamente unos hombros tan bonitos.—¡Psh! lo mismo da esos que otros.—¿Entonces son los hombros en general los que á usted le gustan?—No, soy un buen padre de familia; ¿qué queréis? Tengo ya tres hijos; un cuarto les roería una tercera parte de su bienestar; las tonterías de fuera, impiden las necesidades en casa.»

Emilio S..., abogado, nos ha hecho hoy el resumen

de su profesión. La ley es una estatua majestuosa á la que se saluda, y á cuyo lado se pasa; la jurisprudencia varía cada veinte años. Como hay siempre diez precedentes en un sentido y diez en el contrario, el juez elige á su gusto, y se dé ó no cuenta de ello, su elección obedece siempre á razones domésticas y personales. No litiguéis jamás con la buena fe que demostraríais si os hallarais delante de la justicia justa; al contrario, haced que resalte el motivo ó argumento especial para el hombre que ha de dar sentencia. Uno, abogado antiguo, es sensible á razones de procedimientos; otro, autor de libros, se rinde á las consideraciones generales; tal otro es clerical ó liberal, buen sujeto ó marido engañado. Tocad esas cuerdas. El procedimiento más universal es cansar al juez, ahogarle en una ola de razonamientos contrarios, hacerle vacilar, arrastrarle en el diluvio de interpretaciones, de citas y autoridades; después, al final, en la última réplica, tenderle la percha, es decir, un argumento bien claro, definitivo, al cual se cuelgue. De cada diez jueces, nueve son leguleyos, cortos, vanidosos; tienen la faz terrosa ó inflamada. No hay hombres de ninguna clase que tengan el semblante tan deforme, tan arrugado, tan hundido, con las huellas de la angustia tan marcadas; es porque están sentados todo el día, mascullando plumas, silenciosos, inmóviles, sufriendo la charlatanería del abogado que, durante dos horas ó tres seguidas, los acribilla, por la ley. Este es el tósigo interior que tuerce sus labios y pela sus cráneos. En desquite, ellos mandan callar al abogado como á un criado.

Se habla de los habilidosos engaños de la Bolsa y de las bribonadas de las cortesanas. Paso por alto estas trampas, son demasiado conocidas. Por ejemplo,

en un *restaurant* célebre, los gabinetes particulares empiezan en el número 20. Este número 20 se añade á la cuenta. La comida, por lo común, está llena de emociones; él bebe champagne; mira á la señora que se pone el sombrero; se olvida de comprobar la suma, ó lo hace mal; en resumen, paga. Si nota el fraude, el mozo exclama: «¡Ah, caballero, es ese maldito número 20; un error de la caja!» El propietario gana 25.000 francos anuales con estos errores de suma. Otras veces, la invitada se arregla de modo que sube detrás del caballero, y dice al mozo por señas que quiere diez francos. El mozo grita: «¡Cuidad bien al número tal!» Se aumentan las cifras y se cobran demás los diez francos, etc. Todo esto es vulgar; he aquí lo más nuevo. En Normandía, cuando dos labradores se ponen de acuerdo sobre los límites de sus heredades, abren un hoyo de seis pies de profundidad, y colocan en él una *señal*, por ejemplo, botellas; lo cubren todo nuevamente con tierra, y ponen encima un límite visible. Los dos son ladrones, y quieren alterar el límite; en este caso, la *señal* sirve de testigo. Pero frecuentemente, la primera noche, el más astuto se levanta, desentierra las botellas, las sepulta diez metros más allá en el campo de su vecino, y coloca el límite con todo esmero. Un año después, el vecino se queja de que se ha movido el límite, denuncia, comprobación; la *señal* da fe, y el robado pasa por ladrón. Parece que el *Sabat rouge*, de Enrique Murger, y los *Paysans*, de Balzac, son pinturas del natural.

Las tres cuartas partes de las conversaciones de París tienen este sabor escéptico. ¿Cuáles son los diversos medios de ganar cincuenta mil libras de renta, explotando la necedad humana? ¿Cómo se las arreglan el hacendista, la cortesana y el político? ¿Cómo debo

componérmelas yo mismo? Si soy hombre de buena sociedad, mi único cuidado es no faltar al honor de ella. Si soy hombre de negocios, no caer en las garras de la ley. Si hombre político, mi gran empresa es, en caso de accidente, caer sentado en un buen puesto. Los hay de muchas clases, especialmente en Hacienda: recaudador, investigador, etc. Yo he ido hace poco á la oficina del recaudador de mi distrito: «No está, caballero.» «Pues tengo necesidad de hablarle.» «Eso es imposible, caballero.» «¿A qué hora está aquí?» «No viene aquí jamás, caballero.» «Entonces, dígame usted donde vive.» «No lo sabemos, caballero.» Un empleado viejo hace todo el trabajo de un destino de veinticinco mil francos. Después he sabido que mi recaudador es un hombre de calidad, que tuvo muy buena acogida en Baden. Recita bien los versos; usa botas muy finas y sus chalecos son notables.

La conversación deprava. Entre hombres solos resulta cínica, porque hay que aparecer prácticos, capaces de llegar al fondo de las cosas, libres de ilusiones. Entre mujer y hombre es también escéptica, por que hay que burlarse de todo, aun de las cosas más serias. El mundo forma á la mujer y al hombre de buena sociedad, dos niños mimados que se echan á perder mutuamente. La primera juega con los objetos como con una chuchería; el segundo los rompe para ver lo que tienen dentro.

Esto es mejor que la etiqueta; cualquier cosa vale más que la etiqueta. Andad sobre las manos, si queréis; quitaos la levita, las botas, lo que más os agrade, con tal que no repitáis frases hechas. Yo di el año último una *soiree* que tuvo éxito; mi habitación estaba adornada con flores de los trópicos, y había un vino del Cabo poco conocido. Ocho días después me entraron ganas de irme de París; no podía entrar en un salón sin recibir un cumplimiento, siempre el mismo, y conocía que iba á volverme loco. Cuando se me acercaba un hombre ó una mujer, ya preveía su frase, su gesto particular, la clase y agrado de su sonrisa, el guiño de sus ojos, la profundidad de las arrugas en derredor de su boca, la magnitud del movimiento de sus caderas y de la contorsión de sus riñones, lo agudo y el *crescendo* de su voz. Yo no veía entonces una cabeza de hombre que piensa, sino una cara de mono haciendo gracias, ó un Juan de las Viñas á quien se tiraba de la cuerda. Concluí por ser tan mecánico como ellos; había fabricado una frase con variaciones, que saíla al encuentro de las otras cumplimenteras; la recitaba oyendo mi propia voz ó contando las bagatelas de mi interlocutor. Un hombre debía tener un secretario encargado de hacer los cumplimientos, en su lugar, todas las noches de diez á doce, en la buena sociedad.

Tratemos un poco, si no os disgusta, de estadística: de las cincuenta personas que hay aquí á vuestra vista en un salón, ¿cuántas habrá cuya conversación sea entretenida é interesante?

Veinticinco son personas decentes, simples organillos de palabras. Nada más raro en la naturaleza que la orginalidad, y ésta se ve aún disminuida por la educación; las conveniencias aprisionan el talento y el alma; no se atreven á moverse, temen descubrirse. Se repite durante quince días la idea de moda, después otros

quince, la idea que sigue. Hay dos frases posibles sobre *La Africana,* dos sobre el discurso de M. Thiers, dos sobre Méjico, dos sobre la Academia, dos sobre todos los asuntos humanos: según el personaje, tendréis una ú otra, á veces una anécdota, pero un juicio personal y sincero, jamás. Falta la impresión propia; los ojos han visto, los oídos escuchando, la memoria ha retenido, las conveniencias dictan, la boca pronuncia; nada más.

Esto es más notable aún en las mujeres que en los hombres. Habéis entrado por un vestíbulo adornado de arbustos y de flores, donde, entre las blancuras de los mármoles y los dibujos de los tapices, subían algunas mujeres, con los hombros desnudos, los cabellos cuajados de diamantes, arrastrando su hueca falda de *moiré* brillante, perfumadas, orgullosas, de tramo en tramo como pavos reales multicolores ó pájaros brillantes de los trópicos. ¿Habéis notado tres ó cuatro que, después de pasearse un poco, han concluido por reunirse formando un ramillete? Una, en la plenitud de la vida, con falda blanca labrada, el cuerpo á pliegues, parecía una veneciana del Renacimiento; encima de aquella dulzura divina satinada, se veía un cuello de nácar, inclinado, y sobre la rubia trenza de abundantes cabellos, por único adorno, una faja flotante de encajes. La segunda, alta, esbelta como una Diana, llegaba envuelta en los largos pliegues de su vestido malva; su cuerpo, adornado con bordados de plata, dejaba entrever la vaga idea de un húsar heroico; andaba de prisa, la cola de su traje ondulaba como el manto de una diosa, y las piedras blancas, agrupadas en sus cabellos formando flores, despedían reflejos de espada. La última, débil, delgada, la fisonomía prolongada, la nariz afilada, los labios temblorosos, los ojos claros y

los cabellos pálidos enmarañados, debajo de sus diamantes, parece que todo su cuerpo despide chispas de centellas ó de relámpagos; sentada ó de pie, no toca á la tierra; el fuego interior, las indomables sacudidas de la vida nerviosa hacen estremecerse á cada movimiento su delicada forma. Rodeando su cuello delgado lleva un collar de diamantes, como un aro de ojos vivos, como los ojos claros y centellantes de un círculo de serpientes mágicas. Hablan y parecen muy satisfechas de su conversación; ¡cuánto se daría por oirlas! Al acercarse, se descubre que discuten sobre los puños de las sombrillas; á una le gustan de ébano, otra los prefiere de nácarperla.

Treinta personas son gentes oficiales que no tienen miramientos que guardar.—Estas treinta personas y otra docena más, son ambiciosos que vienen aquí para conservar su puesto ó en busca de un ascenso.—Unos diez hombres y otras tantas mujeres quieren casar á sus hijas.—Todas estas gentes recitan una lección; imposible sacar de ella una palabra verdadera; son, para todos los asuntos interesantes, como un eclesiástico con quien se comete la torpeza de hablar de religión; tienen una consigna; tratan de agradar al dueño ó á la dueña de la casa, se hacen presentar á las personas importantes, evitan las afirmaciones categóricas, pasan por encima de los asuntos escabrosos, llegan á la perfecta corrección. Nulidad ó hipocresía: ¿Cómo queréis que hablen con franqueza y claridad cuando se trata de su marmita? Por otra parte, al cabo de algunos años no tienen ya que violentarse; bajo la presión de la necesidad perecen su iniciativa y su ingenio; no tienen opinión que exponer ú ocultar; lo interior se modela en ellos poco á poco por lo exterior; no son ya hombres que hablan, sino empleos ó profe-

siones. Un periodista os repite seriamente las primeras noticias de París, de su periódico; un rico nuevo se ha hecho clerical y vigila á la literatura, que es peligrosa; un padre de familia, que tiene hijas casaderas, declara inmorales á los jóvenes. Apuesto á que, de cien juicios emitidos en media hora por esas cincuenta personas que hablan, no hay seis desinteresados; las noventa y cuatro restantes repiten sin reir la escena de M. Josse. Tocad el resorte de su mecanismo, y cantará un aire conocido. Tomad un pintor, aun de los renombrados, habladle de pintura; elogiará á los otros pintores á proporción de lo que se les asemejen. Lo mismo si se trata de un músico, de un escritor; cuando elogian á los demás, hacen su propio elogio por tabla. Esto es más común de lo que puede decirse. Hablad de arte en un círculo de sabios ó de políticos; en su juicio, es una distracción de ociosos. Hablad de ciencia en un taller de artistas y en una reunión de políticos, según ellos, es una raspadura de emborrona-papeles ó una cocina de inútiles. Discurrid sobre política en un banquete de sabios y de artistas, esto es, en su opinión, una algarabía de intrigantes. Cada uno de ellos desprecia á los demás por instinto, por elevarse otro tanto. Cuando la conversación recae sobre esto, siento la necesidad de tomar el aire y giro sobre mis talones. Decid lo que queráis, con tal de que sea sin que recaiga sobre vosotros mismos; pero, por amor de Dios, dejad los reclamos. De otro modo, el salón no es más que una tienda de mercaderes que mienten, saludan y pescan parroquianos.

Cuento además cinco ó seis principiantes de ambos sexos, que se preguntan por lo bajo si sus cabellos están bien alisados y si su saludo ha sido correcto. No dicen nada; con ellos, termina pronto la conversación.

Si el salón es importante, hay además una docena de figurantes, suplentes de la Facultad y de la Escuela de Derecho, magistrados jóvenes con muy buenas corbatas, relatores del Consejo huesosos, jefes de división maduros, que, de vez en cuando, vienen á hacer cumplidos. Estos guardan un silencio respetuoso ó modesto, quedan en pie como estatuas, se calientan en la chimenea, estudian un retrato ó una cornisa, hojean un folleto, y algunos también el álbum de fotografías, y juegan con sus lentes; todos parecen tristes. Se ve además, junto á las cortinas, media docena de toneles burocráticos ó comerciales hembras, rodeadas de raso y de *moiré;* acá y allá; algún buho desplumado, un esqueleto puntiagudo entre flores; son depósitos y restos. La dueña de la casa las ha colocado y les ha dicho una palabra, pero yo no soy dueña de la casa; tanto mejor para mí y tanto peor para ella.

Hechas todas estas separaciones, quedan tres ó cuatro personas que hablan por hablar, que les gusta seguir el desarrollo de las ideas, que se entregan á la discusión y á la inventiva imprudente y libremente. Están perdidas entre la muchedumbre, son como amapolas en un trigo. A su alrededor hay un comercio de vanidades y de intereses, originados por satisfacciones propias de galopines ó de actrices. Los rasgos de talento y de estilo empleados para hablar y hacer hablar de sí propio oprimen el corazón. Quien se halla á mi lado en la mesa, come su plato de pescado, pero se conoce que no le toma el gusto; se le ve preocupado en combinar la frase que, lanzada en los intermedios de la conversación, llamará la atención sobre su cuadro ó su libro.

¿Prueba mi estadística que las conversaciones de la buena sociedad son enfadosas? No del todo.

La cortesía, aun embustera, es encantadora. Nosotros vivimos en todas partes en estado de guerra: rivalidades de profesión, concurrencias de ambiciones, discordias de familia, antipatías de carácter. Felizmente, hemos convenido en que, desde las siete de la tarde hasta la media noche, se establecerá una tregua entre los hombres que lleven en el cuello una tira blanca y las mujeres que no tengan nada absolutamente en los hombros, y aun mucho mejor que una tregua, cada cual se mostrará expresivo, sonriente, inagotable en demostraciones de respeto, de simpatía, de admiración hacia los demás, todo esto de la manera más fina y agradable que sea posible. Es una comedia, bien; pero cinco ó seis veces cada noche se tiene un minuto de ilusión: encontrad algo mejor, si podéis. Como no existen la felicidad ni la belleza, se han inventado las artes que imitan sus imágenes. Como la bondad y la abnegación tampoco existen, se ha inventado la buena sociedad que nos ofrece su recuerdo. Tratad de prescindir de ella, dad una vuelta por los Estados Unidos, ved á un yanqui que come en la mesa redonda con el sombrero encasquetado y que os dice dogmáticamente, echándoos á la nariz el humo de su cigarro: «¡Vuestra Europa! ¡Un miserable mundo viejo! ¡Un conjunto de lacayos y de corrompidos! ¡Pero la libre América barrerá toda esa basura!»—Palabra de honor, me gusta más un chino, mi amigo el mandarín Thang-lí de Shangai, que me saluda ceremoniosamente inclinándose hasta el suelo, y, el viernes, me ofrece una comida de vigilia diciendo: «Hoy cumpliremos los preceptos de vuestra excelente religión, que es tan superior á la mía.»

Además, cuando se tiene ojos, se puede observar. Las manifestaciones de vanidad ó de hipocresía llegan

á ser rasgos de caracteres, y las palabras que os molestan, cuando las tomáis como ideas, llegan á interesaros si las consideráis como síntomas. Alguno hay, grotesco ó tonto, que resulta un tipo raro y un ejemplar curioso. A cierta edad, cuando el corazón se ha desprendido de muchos objetos, y cuando el espíritu se fija más en el fondo que en la forma, la botánica moral y social es un recreo de primer orden. Se cuida poco de oir hablar bien de las cosas, y se quiere examinarlas por sí mismo; encontramos menos atractivos en la literatura que en la vida; á la pintura de una escena de costumbres, preferimos la escena misma. Ahora me gusta tanto una conversación en ferrocarril con un burgués, un estudiante, un militar, como una novela, aun siendo buena, ó una noche pasada en el teatro. El año pasado, en las cercanías de Fontainebleau, estuve en la selva, una tarde lluviosa, y pasé tres horas hablando con un guardabosque, que se calentaba al pie de un haya, teniendo á su hijo de corta edad sentado en sus rodillas. El humo azulado subía por el aire gris y sólo se oía el ruido de las gotas de lluvia sobre las hojas. Aquel hombre estaba contento con su estado y quería que su hijo lo adoptara cuando tuviese la edad para ello. Le dan una casucha y un jardín; pueden matar algún conejo para él, y aun cambiarlo, en casa del carnicero, por una libra de carne; reciben un tanto por cada ardilla, garduña ó zorra que matan; en total unos mil quinientos francos al año. El oficio es sano, honroso; la caza es siempre un entretenimiento agradable; sus hijas pequeñas van á recoger sacos de fabucos, etc. Yo oía todo esto, miraba á aquel buen hombre salvaje y ágil como un potro, y me porecía leer una novela íntima.

Por fin, de vez en cuando, entre la multitud de se-

res apocados ó limitados, se encuentra una criatura sensible; ó por lo menos, en una actitud, en el sonido de una voz, sobre todo en las personas muy jóvenes, gusta imaginar lo que llaman los poetas un alma, quiero decir, un ser nuevo y apasionado, que tiene su manera propia y personal de sentir, que se fía de ella, no toma de otro ni imita, encerrando en sí una gran vida solitaria y múltiple, difícil ó casi imposible de igualar, á no ser por la presencia repentina y extraordinaria de la ilusión y del entusiasmo, contenido y palpitante, capaz de abarcar de una ojeada una serie de situaciones y también sus consecuencias. Algunas veces, en la forma del semblante y la grandeza de los ojos, se cree entrever en las mujeres esa naturaleza rica y delicada; un glotón no insiste en esto; va á instalarse en un rincón y continúa su sueño. Los hombres superiores producen también una sensación parecida; pero es preciso encontrarlos un día de inspiración, ó haber roto el hielo de las conveniencias. Esto me ha sucedido alguna vez, sobre todo en París, que es una especie de exposición permanente abierta á toda Europa. El último de esta clase que vi, fué Eugenio Delacroix. Nadie ha tenido un sentimiento más intenso y más justo de la naturaleza visible; me decía, al enseñarme una Resurrección de Rubens, copiada por él: «Vea usted, este muerto, grueso, descolorido, lacio, con la mandíbula caída, como en el Anfiteatro; únicamente Rubens ha conocido á fondo los temperamentos. Usted ha visto en Munich su cuadro de condenados, gigantes y demonios, que tienen cabezas de leones y de búfalos y no son búfalos ni leones. Sólo él ha sabido las degradaciones bestiales, los orígenes animales del hombre. Uno de los verdugos de su Crucifixión de Amberes es un gorila calvo. Este es nuestro deber, mostrar la verdad absoluta é íntima de cada cosa. Al salir del colegio contemplé las ciencias, aspiraba á todo, herboricé, asistí á los cursos de idiomas orientales; pero me gusta mucho más el arte, es más completo. El sabio sabe que dentro de cincuenta años se habrá adelantado más que él. Se halla en la antesala de la naturaleza; algunas veces se entreabre la puerta, ve una lontananza magnífica; pero se cierra la puerta y se le dice: «Bastante hay para ti, el resto para los otros.»

Yo mismo, al contemplar su genio, tan mal servido por su mano, le comparaba, en mi interior, con los grandes artífices de cuerpos del siglo XVI. Es de la misma familia, pero su desgracia le hizo nacer en un mal medio, como un mammouth medio helado, sorprendido por la llegada del período glacial.

Dos ó tres conversaciones como esa, animadas por el gesto y el brillo de los ojos recompensan de muchos bostezos interiores, de muchas inclinaciones de salón y de infinitos saludos de encargo.